



LA ESPERANZA

HAY una cosa que alegra tanto como el dinero, y que está al alcance de todas las fortunas.

Es azul, y brilla más que el oro.

Se mezcla en todos los actos de la vida, y nos trae y nos lleva como un soplo de aire trae y lleva á un puñado de polvo.

Lo mismo se la encuentra en la política, que en la religión, lo mismo en la multitud que en el individuo.

Está en un billete de la lotería.

En el saludo de un hombre poderoso.

En la mirada de una mujer hermosa.

Es lo último que se pierde, y se llama esperanza.

Es indudablemente el único dinero con que puede comprarse la felicidad que apetecemos.

Desde que el hombre se presenta en el umbral de la vida, parece que una voz misteriosa graba en su corazón esta palabra : *Espera*.

Desde entonces todo es esperar.

El niño espera la juventud, el joven espera la vejez.

El anciano espera la muerte.

La vida no es más que una inmensa antesala.

El jugador espera su carta, el asesino espera á su víctima, el hombre político espera su vez, el amante espera una cita, el que aborrece espera vengarse, el pobre espera ser rico, el rico espera ser más. Todos esperamos algo.

Hay que convenir en que vivir es una operación universal, por medio de la que se está siempre haciendo tiempo.

La esperanza es una cosa bien singular : va desapareciendo conforme se va realizando.

Se puede decir de ella lo que del sueño.

El sueño es la cosa más agradable del mundo, solamente que al cogerlo nos quedamos profundamente dormidos

Detrás de la esperanza está el desengaño, como detrás de una cara de ángel está una mujer.

Siempre se coloca delante de todo lo que apetecemos, y nunca falta allí donde terminan las probabilidades, donde el cálculo agota sus pronósticos, donde la razón dice su última palabra.

La esperanza está sobre todos los inconvenientes, y algunas veces sobre muchos imposibles.

Es la fe de los deseos.

Dice un enamorado: «Esa mujer no me quiere; su familia me detesta; sus criados son insensibles; mi espejo no vacila ni un segundo en presentarme

feo siempre que lo miro; mi bolsillo me llama pobre siempre que lo toco.»

Aquí traga una bocanada de humo si está fumando, se pasea si está de pie, ó se muerde los labios si está sentado.

Esta reflexión tan negra, se va azulando poco á poco por medio de un procedimiento químico que no tiene explicación.

De repente tira el cigarro, ó se sienta, ó se levanta.

La acción puede ser una ó varias á la vez; las palabras pueden ser estas ú otras; pero la idea es siempre la misma.

Dice: «Todavía tengo esperanza.»

Si se pudiera leer en el alma de esos enfermos que la muerte ha marcado irrevocablemente encontraríamos en una página:

«Ya no tengo remedio.»

Y en la siguiente:

«¡Quién sabe!»

Penetrad en el seno de una familia que ha agotado su último recurso, que ha llamado á la última puerta, que ha perdido el último amigo.

Conviene fijar bien el día de esta visita domiciliaria.

Por los datos del Almanaque, no sería fácil sacar nada en limpio, porque hay días que no se encuentran en ese registro del tiempo.

Días inmensamente largos, sea cualquiera la estación en que se presenten.

Se conocen con el nombre de días sin pan.

Aprovechad el momento en que el padre de aquella familia levanta el picaporte de la puerta y entra en su casa.

Viene de dar la última vuelta al tornillo de su necesidad.

Salió por la mañana, y vuelve á la noche.

Trae... una cosa menos.

No solamente no ha encontrado quien le dé, sino que todos se han empeñado en quitarle.

Salió con su última esperanza, y vuelve sin ella.

La única puerta que se abre delante de él es la de su casa; los únicos brazos que se le extienden, son los de sus hijos; los únicos labios que le sonríen, son los de la madre de sus hijos.

«*Nada*,» es todo lo que se atreve á contestar á la pregunta muda de aquella familia que lo rodea.

En ninguna ocasión la palabra *nada* ha significado más.

Aquí es preciso que la esperanza haga un esfuerzo supremo.

Es indispensable que pronuncie su última frase, que lance su último rayo de luz.

Para este milagro necesita la esperanza un intérprete digno de su esfuerzo.

Necesita un semblante apacible, unos ojos cariñosos y una voz dulce.

Es preciso que el misterio se realice con todas las circunstancias de la maravilla.

La luz ha de salir de la oscuridad, la fuerza del más débil, la constancia del ser más frágil.

El corazón que resume todos los dolores de la fa-

milia es el que va á hablar por la boca de la madre.

Oigámosla, porque sus palabras serán breves como la verdad, sencillas como el sentimiento, precisas como la fe.

«Dios (dice) nos está probando; pero no nos abandonará.»

Y ese hombre vuelve á tener esperanza, y esa familia vuelve á esperar.

La esperanza es el castigo de la razón.

Es esa creencia inagotable que se ríe de las probabilidades, y se mofa de los cálculos, y desprecia las razones.

Se puede vivir sin dinero, sin crédito y sin estimación; pero no se puede vivir sin esperanza.

El incrédulo le pide la esperanza á la casualidad.

El jugador á la suerte.

Las mujeres la buscan en los espejos.

Los que creen, la reciben de la Providencia.

La esperanza es á la vida moral lo que el aire á los pulmones.

Las esperanzas no son las cosas, sino el color de las cosas.

Es un resultado maravilloso que se produce contra todas las leyes de la lógica.

Y ¡cosa singular! ó es bella, ó no es esperanza.

Siempre estamos dispuestos á recibirla.

Semejante á las lisonjas, siempre llega á tiempo.

Nunca es tarde para una esperanza.

El hombre es un conjunto de esperanzas que se van disipando una á una. Cuando se apaga la última, cierra los ojos.

Por medio de las esperanzas se abre camino hasta nosotros el tiempo que está por venir.

El tiempo conoce al hombre, y lo adula.

¡Cuántas felicidades nos guarda siempre el día de mañana!

Si la esperanza es el camino de la felicidad, vivir no es más que estar en camino.

Sólo nos es lícito ser felices esperando serlo.

El que no espera nada, ¿qué es lo que espera en el mundo?

Dios le ha dicho al cuerpo : *Vive.*

Y al alma : *Espera.*

Casi todo lo que nos rodea son esperanzas.

Un abogado no es más que una esperanza puesta al alcance de todo aquel que desea ardentemente tener razón.

Un tribunal no es más que una esperanza de la justicia.

La medicina es una esperanza de la salud.

Todas las esperanzas humanas me parecen reflejos más ó menos confusos, más ó menos lejanos de una esperanza suprema.

Así como el sol se reproduce en la superficie de los lagos, y se repite en las olas del mar, y se finge en las nubes, y se refleja en las montañas, así la verdadera esperanza, la única, se refleja en las sombras de nuestros deseos.

Lo que en la luz son reflejos, en la esperanza son presentimientos.

Vamos sucesivamente tomando las imágenes que se nos presentan por el original que buscamos,

y á cada esperanza que consumimos, nos damos una palmada en la frente, exclamando: «No era esto lo que buscaba.»

Suponed á un hombre enamorado profundamente de una mujer que ha visto en sueños.

(No hay necesidad de suponerlo, porque los hombres no se enamoran de lo que ven, sino de lo que sueñan.)

Este hombre corre el mundo en busca de la realidad de su sueño : cada mujer que encuentra es un retrato de su original, es decir, una esperanza de su deseo.

La primera que distingue, se le presenta de espaldas. Aquel es su aire, aquellos son los movimientos suaves de su cabeza, aquella es.

Se acerca á ella, coge su mano, y cuando va á estrecharla contra su corazón, alza los ojos, y.... adiós esperanza ; no es ella.

Entre la multitud se dibuja un perfil correcto, media sonrisa llena de gracia, una ceja perfecta y un ojo brillante.

Aquella es.

Corre, se acerca, la mira frente á frente, y.... adiós otra esperanza : tampoco es.

La tercera, la cuarta, la quinta vez sucede lo mismo ; otra esperanza desvanecida, y otra, y otra.

Así le da una vuelta al mundo, que el mundo es redondo para que el hombre no pueda hacer en él más que dar vueltas, y vuelve al terminar su viaje, como si dijéramos, al terminar su vida, segu-

ro de que no está sobre la tierra la realidad de aquella imagen soñada y querida.

Esto sucede con las ideas, con los sistemas, con las pasiones y con los placeres.

La esperanza es la prueba evidente de que existe una cosa que todos buscamos y que nadie encuentra.

Las esperanzas humanas son los ecos de una felicidad misteriosa que nos llama desde muy lejos.

Por eso la esperanza es siempre risueña como el cielo, brillante como el cielo, azul como el cielo.

Por eso está, como el cielo, suspendida en el aire.

Una esperanza fundada no es verdaderamente una esperanza, sino una probabilidad.

Para ver bien una esperanza hay que cerrar los ojos á todo.

Entonces se dirige la mirada hacia otro mundo: allí debe estar.

La inocencia se disipa, el amor nos desecha, la ambición nos deja, los placeres se cansan de nosotros, la hermosura nos olvida, hasta los vicios suelen volvernos la espalda. Ella jamás nos abandona.

¡Qué solos nos encontraría la muerte si la esperanza no se quedara á recoger el último aliento de nuestra vida!

FIN DE LAS HOJAS SUELTAS.



MÁS HOJAS SUELTAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Avdo. 1625 MONTERREY, MEXICO